

FRAY GERUNDIO.

PUBLICACION SEMANAL.

Año 1

Cara Patria, Carior Libertas.

Núm. 2º

Quito, Julio 16 de 1898.

La imprenta en el Ecuador

Entre las invenciones humanas, ninguna como la imprenta produce tan diversos resultados, según la manera como se la emplee.

La prensa asalariada y venal que recibe de los gobiernos el dinero del pueblo para ensalzar los abusos de los mandatarios, para ocultar entre el incienso de la adulación el abismo profundísimo del ^{frío} próximamente se despeñará la Patria, para insultar á los hombres de bien y halagar las pasiones de los perversos, esa prensa es la daga manejada por bandidos, es la tea que, en manos del incendiario, todo lo reduce á cenizas.

La prensa ilustrada que enseña al pueblo la moral y corrige sus defectos; la prensa independiente que censura con altivez los crímenes de los déspotas y tiranos; la prensa noble que predica el amor á la Patria y á la libertad; la prensa honrada que no se prostituye ni se vende, esa es la antorcha que ilumina á las naciones, es la palanca que eleva al mundo á las alturas del progreso.

En todo tiempo la imprenta bien empleada ha tenido gran influjo en los acontecimientos políticos y sociales del Ecuador.

Aún antes de su emancipación de la Metrópoli, el Dr. Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, dió á luz un opúsculo titulado la *Gotilla* y el periódico *Primicias de la cultura de Quito*, escritos que tanto contribuyeron á propagar los sentimientos de independencia.

Otro ilustre Quiteño, D. José Mejía, publicó también, por esa misma época, *La Abeja* y *El Zurriago* que, como las producciones de Espejo, influyeron notablemente en los sucesos de 1809.

Apenas libertada nuestra Patria, se apoderó de ella Juan José Flores. Los periódicos independientes, entre los cuales descolló *El Quiteño Libre*, combatieron heroicamente su oprobiosa administración. Sañados por el sangriento fin de este periódico y de la Sociedad que tomó su nombre.

Algunos años más tarde cuando la Nación ecuatoriana cayó en las garras de García Moreno, el insigne Montalvo, desde las columnas de *El Cosmopolita* lanzaba rayos contra el tirano. Su pluma valerosa produjo entonces *El último de los tiranos*, *La dictadura perpetua* y otros escritos que son la honra de la literatura americana.

Cuando D. Antonio Borrero, olvidó sus compromisos con el partido liberal, el mismo Montalvo publicaba *El Regenerador*, y con el prestigio de su nombre y el poder de su pluma, contribuyó á la caída del débil mandatario.

Veintemilla subió al poder llamándose liberal. ¡Triste suerte la de este partido: los ambiciosos y personalistas han tomado su nombre para infamarlo! *El Gran Capitán* restableció el militarismo desenfrenado y estúpido; y otra vez el incansable Montalvo, le declaró guerra á muerte, publicó sus inmortales *Catilinarias*, y el oscuro sayón rodó á impulsos del odio popular.

El Ecuador ha tenido la desgracia de no sacudir el yugo de un perverso sino para caer bajo el de otro que, con sus crímenes, disculpa á su antecesor. Caamaño, el siniestro Caamaño, subió al sólio presidencial en brazos del partido conservador, que lo apoyó durante todo su gobierno. El Dr. Juan B. Vela, el incorruptible ciego ambateño, fué entonces el representante de la vindicta nacional. Su periódico *El Combate*, fué el valeroso adalid que atacó todas las infamias del inicuo mandarín.

Los sucesores de Caamaño continuaron su funesta política, hasta que, unidos á un liberal, se atrevieron á alquilar la bandera de la Patria. Tocóle á la prensa del Guayas una campaña gloriosísima que hará eco en los anales de la historia, *El Grito del Pueblo*, *El Tiempo*, *El Diario de Avisos*, *La Nación*, retemplaron su energía y combatieron valerosamente hasta derribar el edificio del *progresismo*.

Desde que el Gral. Alfaro subió al poder ha sobrevenido una especie de crisis al periodismo. Los antiguos luchadores, ó se retiran de la arena, ó pierden su valor. En estos últimos tiempos sólo *El Pelayo* atacó de frente á cierto círculo nefasto que logró apoderarse de la obra de desinteresados patriotas. . . . y, hasta *El Pelayo* calló. . . .

¿Dónde está, pues, la antigua prensa de Guayaquil que fustigaba sin miedo á los déspotas y destruía carcomidos edificios políticos, sin más armas que la pluma? ¿Por qué Vela, Peralta

y los demás ilustres escritores liberales consienten en que aparezcan como voceros del partido liberal miserables traidores que hasta ayer no más lo combatían? ¿Cuándo dejarán esa apatía que nos mata y levantarán su voz franca y leal en defensa del liberalismo y de la Patria?

En nombre de la República, en nombre del patriotismo, en nombre del credo liberal les hacemos un llamamiento.

¡Ojalá seamos escuchados!

AL NATURAL

POR

Vicente Nieto O.

I.

¡YA ES UD. REDACTOR!

No sé por qué secreto de la naturaleza, los hombres anhelamos siempre lo que no tenemos.

¿Cuándo trataré a Rosita! cuando aprenderé el billar! cuando será tal refresco, solemos exclamar continuamente. Y tratamos á Rosita que nos encantó á primera vista; y jugamos billar que deseábamos aprenderlo con ansia; oímos la música que al principio nos arrebató; y después? Poco ó nada nos importa, y muchas veces, fastidiados, cansados, molestos, vivimos del bien que antes de poseerlo, locos, lo ambicionábamos.

Mi amigo Manuel, oriundo de un pueblecito cercano á la Capital, un tanto bobalicón y fatuo, y con más pujos de escritor que de procurador de pleitos, es fiel retrato de lo que acabo de decir.

—¿Cuándo será redactor! me decía no hace mucho.

—Amigo Manuel, cuando guste.

—¿Deveras?

—Como me oye, amigo.

—Y cómo será redactor?

—De la manera más sencilla.

—¿Oh qué placer el de ser redactor!

—Tiene Ud. amigos que sepan escribir para el público?

—Muchos: doctores y gente grande!

—Soberbio! ¿y personas que le den dinero?

—También.

—Magnífico! Un joven de sus condiciones, tan ilustrado é inteligente, está llamado á ser el non plus ultra del periodismo. Escúcheme Ud.: Se acercan las elecciones de Diputados al próximo Congreso, y es preciso aprovechar esta ocasión para lucir sus talentos. . . . políticos, periodísticos y literarios. Ante todo, recorra el dinero suficiente para el impresor: esto es lo primero; la segundo, una visita á esos doctores sus amigos, pínteles con los más vivos colores, la situación horrible que atravesamos: hábleles de patriotismo y de sagrados intereses de la Patria; ofrézcales exhibir como candidatos á la Diputación; arránqueles, aunque

sea por fuerza, algunos articulos *sensacionales* y de fondo, y asunto concluido. Lo demás ya me entiende.

—Es Ud. un Salomón, querido Vicente.

—Gracias. Y Ud. será, con el tiempo, un Larra. Dn. Manuel, si Dios no dispone otra cosa, Manos á la obra.

Dos días después, todo él sudoroso, la risa en los labios, cargado de papeles, entraba Dn. Manuel á mi cuarto, gritando lleno de gozo:

—¡Hola! Dn. Vicente. ¡Qué placer ya voy á ser redactor!

—¿Qué le pasa Dn. Manuel?

—¿Qué me ha de pasar, Dn. Vicente: ya voy á ser redactor!

He seguido sus consejos *ad-pedem-litera*; he andado de aquí para allá; visité al Dr. P, al Sr. B, á Dn. José, á fulano, á mengano y á pereneño; y todos, todos, me han ofrecido colaborar en mi periódico, y contribuir con dinero á su publicación. Estoy que me interio, amigo. Aquí tiene el editorial con la lista de Diputados, y además, traigo algunos artículos de fondo; los he leído á muchos y me han aplaudido y felicitado efusivamente por lo bien escritos. No es por alabarme, amigo Vicente, ¡que bien escribo! qué estilo tan suelto y elegante! qué facilidad! ¡ludablemente, yo he nacido para ser escritor! ¡Oh qué placer el de ser redactor!

—¿Y cómo bautiza á su hijo, quiero decir, á su periódico, Dn. Manuel?

—Lo que quiera, Dn. Vicente, lo del nombre es secundario. Dígame Ud. qué le parece poner en mi periódico *editor* y *redactor responsable*: Manuel. . . . Tapanca; á fin de evitar responsabilidades?

No me place, querido, por una razón muy sencilla. En esta clase de periódicos meten cédara cuántos pueden, y en el suyo, según Ud lo afirma, colaborarán el Dr. P, el Sr. B, Dn. José y no se cuántos; de consiguiente, prestatse Ud. á servir de *parapeto* para que otros digan lo que se les antoja—por brillantemente que lo digan—y ponerse uno en ridículo y cometer una valiente tontería.

—Pero Ud. sabe que mi periódico va á causar *sensación*; pienso reunirlo á todas partes, al viejo y nuevo mundo; establecer agencias en todas las provincias, y el primer número repartirlo *gratis*, desde Su majestad, el Sr. Presidente, hasta el último labriego; y á fin de que *náiden* me robe la gloria, quiera salir como editor y redactor responsable. ¡Oh cómo me alabarán! Qué de cosas no me dirán! Ya me lo figuro.

—No piensa bien, amigo. La vanidad y el pujo de ser escritor, le trastornan la cabeza. Si Ud. fuera un mozo de nota, de antecedentes conocidos, santo y bueno; pero un jovencuelo, un *barbarrucio* que fuera de los habitantes de su pueblo, los demás no sabemos si vive ó muere, atrevase á poner su nombre en el periódico, sería despreciarlo y echar á perder el fin laudable que se propusieron los que, en maldita hora, le confían el secreto. Además la gente no creería que Ud. escribe, porque la gente es así. . . . siempre se inclina al lado flojo. Los artículos que Ud. escribe—lo que yo dudo—firmelos, y así *evitará responsabilidades*, tendrá la satisfacción de ver su nombre en letras de molde, y le cabrá el placer de exclamar: ¡Ya soy redactor! Siga mi consejo: no ponga

su nombre en el periódico.

A los cuatro días, Dn. Manuel vagaba por las calles de la ciudad, repartiendo personalmente su periódico. En las bibliotecas, almacenes, talleres, estancos, pulperías, y en las tabernas más apartadas, se leía con avidez, con esa avidez que causa toda novedad, el primer número del periódico. Desgraciado del tipo con quien Dn. Manuel se topara; le había de detener su camino, diciéndole: Amigo, ¿ha leído el primer número de mi periódico?—“No señor”—Pues tómelo, léalo, está muy bueno, estupendo; pero le ruego no diga á nadie que yo, solo yo, soy el redactor.—“Enterado!”—Pero, ¿cómo se llama Ud. hombre de Dios?—Soy Manuel. . . . Tapanca, para servir á Ud.—“Gracias; del mismo modo!”

Hubo ocasión que á un sólo individuo le dió diez veces su periódico; no perdonó ni al enemigo; ni el cura se escapó; menos el maestro de escuela de su pueblo; todos leyeron su periódico.

—Amigo Vicente, le mandé ayer mismo mi periódico ¿le gustó?

—Está muy bueno. Algo de *nercio* no mas le falta.

—Ya verá el 2º número; acabo de escribirlo *caliente*, con las infamias que comete este pícaro Gobierno.

—Lo compraremos, Dn. Manuel. El 2º número vió la luz pública sin mayor novedad; se repartió de igual modo que el primero; ocurriendo las mismas escenas. Eso sí, siguió mi consejo. No puso *editor* ni

Era denoche y llovía. Dn. Manuel no asomaba, ni el 3º número de su periódico tampoco. ¿Qué le habrá pasado? ¿Qué habrá ocurrido?, dije entre mí, y volé á la imprenta. Encontré solo al impresor con quien tenía alguna amistad. ¿Qué es de Dn. Manuel y de su periódico, le interrogué?

—Calle Ud. me replicó éste, su amigo ha sido un flojonazo de primer orden.

Oiga lo que pasó:

El día de ayer vino más entusiasmado que nunca; me trajo unos originales *fuertes*, como vulgarmente se dice. Yo, *naturaliter*, los admití. Señor, me dijo, es preciso ya que se sepa en el público que yo, solo yo, soy el redactor de mi periódico. Está muy bien, le repuse: Le pondremos como *editor* y *redactor responsable*, y asunto acabado.

Así voy á hacer me contestó, Dn. Manuel, y en el tono campanudo que acostumbra, continuó: “Señor impresor ponga Ud. mi nombre á la cabeza de mi periódico, en letra *clara, gruesa y bonita* y hecha esta operación, tirese ochocientos ejemplares. Ya vuelvo para corregir la última prueba”.

¿Ya vuelvo? Hasta ahora no se le ve la cara, Dn. Vicente; le he mandado á buscar en la casa; por varias ocasiones, y se ha hecho *negar*. Sin duda se arrepintió de haber puesto su nombre (el de Dn. Manuel) en el periódico ya no vale. Dn. Vicente le para que se meten U. U. con hombre tan pufangano?

—Tiene Ud. razón, señor impresor; yo tengo la culpa. . . . pero que quiere Ud. si el chico estaba con más ganas de ser redactor que de ser Presidente, y era capaz de dar toda su existencia por ver su nombre escrito en letras de molde; era pre-

ciso darle gusto. Voy en su busca al momento.

Allí en un cuartucho, sentado en un sillón de cuero, cobijado en basto puchero, las manos en los bolsillos, con cara de viernes santo, encontré á un hombre periodista.

—Con qué ya es Ud. redactor, exclamé víendolo.

—Ud. se burla, Dn. Vicente.

—¿Cómo que me burla? Acabo de leer el tercer número de su periódico, y en él he visto su nombre como editor y redactor responsable: está su hoja al pelo.

—¿Qué me dice, amigo? Si he mandado un recado al impresor para que no se tire ni un solo número de mi periódico. Con razón.

(Continuado.)

CARTAS

El Campo, Julio 16 de 1833.

Rdo. Fray Gerundio.

Quito.

Gerundio del alma:

Cuando te creía muerto para tus amigos y sepultado para la vida civil, tu carta ha venido á probarme lo contrario, y su lenguaje, á revelarme el fraude que intentas negar en su escrito. En lugar de ocuparte de trivialidades, de política, por ejemplo, debieras emplear tu pluma en cosas santas que digan relación á tu ánima y á las ánimas de tus próximos. Nos, el Imo. Sr. Arzobispo, debería echarle, por esta falta, una excomunión mayor *lata sententia*: de esas reservadas al Papa, que ni Alfaro, con sus *tolerances* y *excomuniones*, pueda conseguirse levantárselas; y después te entregara á ese rebano de usureros reunidos en *logia*, á fin de que estos dignos hermanos, obliguen al otro no menos digno hermano *tesorero*, te exprima en su muy competente *caja de entrada*, la que tuvieras la satisfacción de verla consumida en una sola noche, entre vivas y silbidos, en cierta entera sitada en Quito, bajo los altos del muy Honorable Señor Ministro de Estado en el Despacho de Justicia, Culto, Beneficencia, Relaciones Exteriores, Hacienda, etc., etc. Sr. D. de la Torre á quien Dios conserve salud y bendiciones, para gloria del Gobierno y provecho de los silvos.

Dicen que dijo no se quién, que cuando la Patria estaba á punto de mandarse en un abismo era más peligroso y honorífico servirle; sin duda, apoyado en esta máxima, has botado el *breve* para empañar la pluma: no te aprueba ni te culpa; cómo la rectitud de tus intenciones, y cada uno puede hacer de su *capa un sayo*. Me has tirado por la pluma, como llamándose á la concordia; y hoy que todo nos dice *añón* contra mi voluntad, feago que aceptar la liga con un fraile de tu pelo; quiero ejercitar un acto de carácter, viéndome á mí mismo. Te prevengo que mis contestaciones serán breves, brevísimas, porque mis ocupaciones no me permitan escribirte largo; eso es bueno para los de tu océano que fuera de confesar beatas y remitir plata al extranjero, en cada ticaen que emplear el tiempo.

Qué Alfaro no organiza su sistema de Gobierno, ni siquiera su Gabinete! Ya me lo suponía; y llegaremos, si llegamos, al *beneficium dominum* de su período presidencial, y nos encontraremos con que le falta un Ministro: el de Hacienda. Por más que me digas que está nombrado el Sr. Yerovi, dudo mucho que este "Dr. con todos" su médicos, venga á hacerse cargo del tesoro.

Lo que sí creo, por lo mucho que se dice, es que el General Arellano ha renunciado ó va á renunciar la cartera que desempeña. Si esto se realiza, el General Alfaro no debe admitirle la renuncia; puta, hombres como Arellano honran al Gobierno: liberal convencido iría hasta el sacrificio en defensa de sus principios; valiente á toda prueba, si él no hubiera habido "Cabras", por más que otros pretendan robarle esa gloria. Pero qué es lo que le pasa á Alfaro? Ni Ministros, ni Gobernadores, ni Intendentes, ni Tenientes Políticos le duran, á poco de admitir un destino, lo voltean las espaldas. Ahí están nuestros mejores hombres, esos viejos liberales, alejados completamente de esta Suda que se llama política: En parte tienen razón. Un Vela, un Borja, un Larrea, un Peraltu, un Peña-herrera, un Andrade y cien más como han de ir á hombrarse con los conabidos del circuillo! Ya se ve. Y dime, si mismo se separa Arellano, ¿a quién pondrán en su lugar? ¿A Yerovi? ¿A Franco? ¿Progreso para la muleta ecuatoriana!

Estámos de parábien. Para el 20 de Agosto Mr. Harman—el del ferrocarril—está en el Ecuador, sin duda para activar los trabajos de la obra redentora. Así lo afirma un Sr. R. Vallarino, al Presidente en telegrama que copio inserto en el "Atalaya", N.º 201. Cuando oigo ferrocarril me acuerdo del cuento de las ovejas que pasan, pesan, y pasan y no acaban de pasar, ni más ni menos con nuestros fabricantes del ferrocarril, llegan, llegan y llegan y no acaban de llegar. Y aquí cabe preguntar, ¿cómo teniendo el gobierno tanto financista, no ha dado, hasta ahora, un tapaboca al autor del folleto que se publicó en Guayaquil, meses há, bajo el título de: "Breves observaciones que demuestran lo ruinoso que será para la Nación el contrato del ferrocarril del Sur?" ¿Misterios del organismo!

Me das á entender en tu correspondencia—llamémosla así á tu carta—que unas han sido las doctrinas que prolió Alfaro cuando formaba la oposición, y otras las que practica ahora que está en el Poder. No te cejas de nuevo: Alfaro ni es el primero ni será el último, en esto de manejar así. Plagada está la historia de ejemplos análogos; solo que hoy el Presidente demócrata tiene á su lado un montón de hombrillos que no peitanecen, ni han pertenecido, ni tienen por qué pertenecer á ningún bando político; figurillas incoloras, ignorantes y ambiciosas que nos van equipando de desgracia en desgracia á la ruina. Y ese círculo, Gerundio, qué círculo! Con los Teranes, los Ugartes, los Narajós, los judíos, los frailes de la Merced, y otros de hecho y machete que me darán cacha en el plato de Don Eloy, ¿cómo posible hacer patria. ¿Y no hay en esas tierras una alma caritativa que convenza á Su Excelencia de lo contrario! Como he de creer *plá*, cuando hasta médicos, hermanos y espiritistas tiene Don Eloy que, en un caso dado, le sacarian de..... aprietos.

No quiero creer lo que me dices del Poder Judicial infelice de mí que iba á volver mis ojos cargados de esperanzas á ese Augusto Templo de la Justicia. Un mal vecino mío, de esos que por quitarme estas ptas arma las de San Quintín, me ha ofrecido entablarme un pleito por injurias; el primero se deslizo en insultos contra mí; me insultó hasta cansarse. De suerte que si tan mal anda la justicia por esos trigos, saldrá absuelto de culpa y pena, y yo, á la corta ó la larga, tendré que ir á tempear en el Panópuco. Bécame para que me defienda, uno de esos tintorrillos que, á pesar de la extricé de nuestras leyes, se les deja merodear por la Policía y las escribanías; ellos, dizque, son maestros en el asunto; y, sobre todo, cobran honorario baratico. En la siguiente me comunicará sobre el particular.

Cierto será que van á enviar jóvenes á Chile para que estudien náutica, unos; otros artillería, y algunos ingeniería? Buena es la idea; lo malo será que por mandar á Chile, se mande cualquier cosa, como *in diaboli litra*, y no se escoja mozos de mérito verdadero que, por fortuna nuestra, abundan en la República. En todo tiempo, ora los Gubernatos, ora los padres de familia, han enviado á Europa y Norte América jovencitos á que estudien; los más, desgraciadamente, no han reportado fruto alguno á la Patria, menos á sus familias. Los que han ido á estudiar para curas esos han aprovechado; y los otros, no han hecho otra cosa que vagar por esos mundos derrochando el dinero, fruto del trabajo de sus antecesoros, para luego regresar á su Patria llenos de los vicios de todos los países que han recorrido, y cargados de novedades fantásticas: muchos perros, muchos caballos y otras chucherías; eso sí, hablando francés, inglés, etc. De aquí la importancia en la elección de los que han de ir á Chile á representarnos y aprovechar el tiempo. Mas si la elección se hace como hasta aquí la de Cónsules, ¿qué será mi Dios, ver á nuestra Patria representada en el extranjero? ¡Ojalá el Gobierno, siquiera en esto, muestre *sensatez* y cordura.

Todos los maestros y maestras de escuela de este lugar, se marcharon, meses há, dizque, á cobrar sus haberes; y la mayor parte han regresado *sin billetes*; una que otra *maestrita* ha sacado tajada, como vulgarmente se dice; lo que hace respecto á los desgraciados maestros, han tenido que vender sus vales á los usureros, en la mitad de su valor. En los tiempos *gericianos* no se toleró semejante cosa. Cuéltan que García Moreno, celoso defensor de las rentas públicas, bajo una vez, personalmente, á la Tesorería, y, foete en mano, se cõ á los agiotistas, diciéndoles: "fuera de aquí, esta es casa de honradez y no de *decretos*". Inmediatamente ordenó al Tesorero pagara al vendedor del vale, todo su valor, y le previno observara mejor conducta en adelante. Bastó este acto *energico* para cortar abusos. El General Alfaro, sino personalmente porque sería mucho exigirle, pero sí por medio de un comisionado debía imitar este ejemplo. No se que fenómeno psicológico está pasando entre nosotros; lo malo hemos de imitar punto por punto, y lo bueno dejamos á la cocinera. Un maestro de escuela me ha dicho: "Señor, pero no ver la cara y oír esa cantaleta indecente del furioso tesorero, prefiero morir de hambre con mis hijos, que irme á Quito". Y yo por no seguir ocupándome de estas

desgracias humanas, soy capaz de no concluir esta carta. Se tiene para enviar Ministros inútiles al extranjero, cónsules, ad-juntos y no sé para que más, y no se tiene un centavo para esos infelices que han consagrado su vida á la educación de la niñez? Esto hiere las fibras del corazón más duro, y arranca lágrimas, á cualquiera que no tenga entrañas de pedernal y sentimientos de hiena. En otras naciones existe, á más del montepío militar, el montepío del trabajo: corre de cuenta del Estado los últimos años de los que han consagrado su vida, sencilla y económica, á la educación de la juventud, al trabajo asiduo etc.; y entre nosotros, no se ha de remunerar siquiera, á su debido tiempo, al maestro de instrucción pública, al magistrado de justicia? ¿Qué no hay plata! ¿Y qué se hace la que entra en las aduanas? ¿Qué no alcanza! Pues rebájese el sueldo desde Su Magestad hasta el último portero, y de lo que entra, hágase la división justa que á cada uno le corresponde. Pero eso de pagarse sólo los altos dignatarios, es establecer la desigualdad más horrible, amén de la ofensa que envuelve tal modo de obrar. El Señor Presidente, los Señores Ministros al día, y los demás? A pavo. Trabaja, y trabaja, y trabaja de seis á seis de la noche; y después? Un vale que no vale, ó una letrita á la vista que se paga después de meses vista. El General debe ya entrar en razón; dejarse de cruces, medallas, música y demás; basta de cónsules y Ministros; dese de baja á tanto artesano que desea volver á su taller; póngase empleados honrados que sepan administrar las rentas nacionales; cese el despilfaro, y empréndase seriamente en la reconstrucción de la República. Oídos sordos á los aduladores—esas bestias domésticas—oídos abiertos para los amigos verdaderos que le dirán la verdad, llamando al pan pan, y al vino vino.

Te has equivocado, por la mitad de la barba, al suponerme, ligero, en calificarte godo. Este partido cayó para levantarse el día del juicio final con el sonido de la trompeta de San Vicente Ferrer, á dar cuenta de sus actos al juez de vivos y muertos. ¿Cómo nos levantaremos, nuestro Alfarrito, sobre todo, en ese tremendo día á dar cuenta al Cristo de ciertos y ciertos actos del Gobierno? ¿Le diremos, también; no sé, el Franco debe saber, Pepito debe responder, Serafínillo debe decir, Jürgate debe respirar, Nariz debe mostrar su cara de... coqueta! A fe que el Cristo, me parece estarle oyendo, le dirá con voz horrible, "Por haber cargado sobre tus hombros responsabilidades ajenas, id maldito al fuego eterno". Y todos los diablos cargarán con él y con nosotros, los señores liberales. Mas si los de la *logia* nos siguen, ¡por vida de Judas! que armo carmota en el valle aquél. Pido á Jesucristo un último favor: que á los *hermanos* les mande á lo más profundo de los abismos infernales; y tú y yo, y el Comandante Calderón, ayudáramos á los *espíritus rebeldes*, á meter á los *hermanos* en las *pailas*, á subirles á los *trapicos* y á meterles en las *ruedas* por toda una eternidad: Cuando el dragón infernal haya cerrado sus enormes fauces, entonces han de asomar la cara *Nariz*, los *Naranjitos*, *donoso*—cuesta, y demás amigos, cogidos del hábito del primer santo que encontraron á su paso; pidiendo á Dios, entre suspiros y sollozos, no les envíe al infierno

en donde merecidamente están los "*ladrones y piratas liberales*", enemigos de *busté* y de su *religion*. De seguro que con esta labia, hasta al mismo Dios, han de lograr persuadirle, y conseguir introducirse al cielo aun que sea para estar en un rinconcito, oyendo la música celeste y viendo desfilar los batallones *esmeraldinos*; el otro estará, estuche en mano, sin encontrar ni al paralítico de la Escritura para hacerle la operación. ¿Cómo quisiera ser San Pedro para, en esos supuestos instantes, arrojarles á punta pías de la corte celestial! sobre San José, San Antonio, San Luis, San Eloy, San Roberto, y demás santos del cielo. A lo hecho pecho, me dijera, y que me castigue Jesucristo. Para ayuda de costas, no faltara más que en el infierno nos colocaran á la derecha de un *hermano* ó á la izquierda de Varela: he ahí, Gerundio, á un pobre Cristo teniendo que aguantar tal compañía por toda una eternidad.

No pensemos más en las escenas que pasaran en el valle aquél, sino mudamos de vida; volvamos, á nuestra oposición. Jamás pude hacerte la injuria de contarle en el número de los que hacen oposición sistemática á todo Gobierno; de esos que inventan calumnias para realizar sus proditorios fines; que andan á caza de hechos aislados para deducir consecuencias monstruosas. Tú perteneces á esa oposición razonada que sólo desea que las cosas marchen bien; limpijas de polvo y paja y sin sombras de quebradura. Me explicas: "*Toda oposición desagrada, naturalmente á los Gobiernos, porque toda oposición es opuesta á toda voluntad*"; pero la luz no puede existir sin sombras. "*La oposición legal y animosa, es la fuerza que sostiene al Gobierno*" y da goce á sus encantos, "*sin ella degeneran en tiranos y pereceron por sus propias esfuerzos*". Alabar lo que merezca alabanza, vituperar lo que sea digno de vituperio; he ahí la oposición. Querer que el ejército, *verri* y *gracia*, esté á ordenes de Jefes disciplinados y entendidos en la ciencia, y no empíricos que apenas saben el primer toque de la carretila; ansiar porque la instrucción pública esté manejada por personas sabias y competentes, y no por padrecitos á lo Torres; desear vivamente que la Hacienda pública la administre un hombre de *ciencia* y *conciencia*, y no por un poeta ni un abogado, ó médico y chacarero que de números entienden, lo que yo de griego y ferrocarriles; que las leyes y demás instituciones sean respetadas por todos y cada uno de los ciudadanos por encumbrados que sean los puestos que ocupen; que los destinos públicos se decidan por *mérito* y no por *intrigas* ni *favoritismos*; finalmente, que la libertad de imprenta, la libertad de sufragio, la libertad de enseñanza, la libertad de petición, la libertad de comercio, la libertad de trabajo, la libertad de asociación y todas las demás libertades, sean un *hecho* y no un *dicho*, y como síntesis de todas ellas, que el encargado de la autoridad pública la ejerza, basado en el cumplimiento verdadero y efectivo de la voluntad nacional. He ahí mi oposición. Y á esto debe aspirar todo ciudadano honrado y amante de su Patria. *Et latentur cali et exultet terra*, si conseguimos nuestro objeto.

Aquí había quedado ésta, cuando, puestos los codos sobre mi recado de escribir, me había dormido; y así hubiera seguido quíe

sabe hasta cuándo, si los sacudones de mi *guacacama* no hubieran venido á despertarme haliéndome en su gerga: "*Amu, amu* ya son las seis, se vá una para Quito." Entre sollozito le respondí liciera esperar al *idido* hasta poner punto á ésta. Y aquí lo pongo, dejando en el tintero muchas cosas para la siguiente. Por corto que quiera ser con tigo, tengo que quebrantar mi palabra, solo por hoy.

Aunque no me he visto con el cura ni su *guapísima*... sobrina, supongo retornarán tus saludes; entre gente educada así se acostumbra: No pude cumplir tu encargo para Don Antenor B., porque no vive por estas comarcas.

Mucho te agradecería si te diesen un saluto á la Policía y me sacaras una nota, aunque sea del Jefe de pasquinas, para apresar á un indio, peón prófugo que anda merodeando por no se que hacienda vecina, á fin de remiirlo á ésa para que cualquiera de los activos Sres. Comisarios, se cebe en él. Ya me voy quedando sólo, los indios se alzan con el santo y la limosna, marchándose á Quito á dar queja donde *está alfaro*; no me ha quedado ni un machuelo para barrer la casa; al Emilio lo cogieron á la soga para darle de alta en no se que bonito batallón; ni para el aveo privado me ha quedado una criada. Los *melstares* tienen la culpa.

Con cuanta razón podemos exclamar los víctimas de tantas libertades:

¡Todo se ha perdido menos el olor!

Ló nuevo que ocurra no dejes de comeniar á este tu amigo y compañero márt

Figaro.

P. D. — Sabrás que se me ha dicho que allí se barranta, sobre todo entre la gente de Gobierno, que uno de los redactores de tu humilde hojita, es el Dor. Modesto A. Pañaberrera, sin duda porque este Sor, está en oposición con el actual orden de cosas. Yo que conozco perfectamente á Fray Gerundio he de saber, que él, mediante Dios, no necesita del apoyo *moral* de ningún Don Modesto, Don Alonso ú otro personaje; él se basta y se sobra para la tarea que se ha impuesto. Otra cosa es que, dado tu *total* de *pobreza* como todos los de la *orden*, necesitas del apoyo *materal* de cualquiera persona caritativa que quiera dártelo para que así tengas *larga vida*. Fray Gerundio, aunque jóven, no sirve, no puede servir, de *hombro* á ninguna persona por inteligente, ilustrada y benemérita que sea; eso es bueno para quienes por sus condiciones y *calidades*, están llamados á desempeñar esta clase de papeles, y no para frailes que como tú, aún no han traficado con su honra y dignidad.

He visto "*El Atalaya*". Con hombres sin opinión conocida, lo mejor es no entenderse; sin embargo tú harás lo que te plazca.

Pero me replicarás: ¿y la *disciplina* para qué la tengo?.....

Siempre tuyo.

Figaro.